

# Saludo a Miguel León-Portilla

Manuel Gutiérrez Estévez

En 1557, en el convento de Tepepulco, en México, un fraile franciscano, Bernardino de Sahagún, comenzaba unos trabajos que le ocuparían durante el resto de su larga vida, los doce libros de *La historia general de las cosas de la Nueva España*. En lengua náhuatl y en posterior traducción al castellano recogió información sobre religión, calendario, astronomía, educación, mitos y leyendas, ideas morales, historia, arte y plantas, animales o minerales. Recogió también lo que algunos viejos indígenas opinaban sobre la todavía reciente conquista española. Lo hizo mediante el uso de informantes y depurando la información con sucesivos filtros. Con su trabajo comenzaba una nueva y peculiar disciplina, la antropología americana. Una disciplina que une la historia, la lingüística, la arqueología y la etnografía en la búsqueda de una cabal comprensión de las culturas indígenas de América.

Cuatrocientos cincuenta años después, el profesor Miguel León-Portilla representa en grado de excelencia la continuidad de aquel paciente y escrupuloso fraile, al que ha dedicado, además, numerosos trabajos. León-Portilla nació en México DF en 1926; así pues, dentro de veinte días cumplirá ochenta y cuatro juveniles y floridos años. Su tesis doctoral, presentada en la UNAM en 1956 y publicada tres años después, tuvo por título *Filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*. En esta obra capital se utilizan códices y textos en náhuatl, poemas y discursos, *huehuetlatolli* o pláticas de los viejos. Trata, desde la perspectiva de los antiguos mexicanos, temas tales como la posibilidad de decir palabras verdaderas, el conocimiento acerca de la divinidad, la persona humana, la posible existencia de un libre albedrío, el más allá, los fundamentos de la ética y el derecho. Como él mismo afirma: “Haber expresado que los nahuas habían

desarrollado un pensamiento filosófico pareció a algunos, en aquel momento, una locura”.

Para los antropólogos su osadía no era tan asombrosa. Treinta años antes, en 1927, Paul Radin había publicado un atractivo libro titulado *Primitive Man as Philosopher*, con una introducción del filósofo John Dewey y en el que con materiales de tradición oral de pueblos muy diversos se mostraban preocupaciones y propuestas de índole filosófica. Y sólo tres años después de publicar León-Portilla su libro sobre la filosofía náhuatl, Lévi-Strauss publicaba su fundamental obra *La pensée sauvage*, con dedicatoria a Merleau-Ponty y una última sección consagrada a una discusión con Sartre sobre los fundamentos filosóficos de la antropología.

En este primer trabajo de Miguel León-Portilla ya se encuentran, en semillero, los que, en mi opinión, van a ser rasgos principales de su luego amplísima obra: una fuerte empatía hacia los otros, una atracción por la estética literaria, una aguda conciencia de la continuidad histórica y una pretensión mantenida apasionadamente por incluir las antiguas culturas de México en el coto cerrado de las grandes civilizaciones de la historia.

Si acabo de calificar su obra como “amplísima”, quisiera justificar el carácter no retórico del adjetivo; si mis cuentas no son erróneas, hasta ahora ha publicado 39 libros, varios de los cuales han sido traducidos a otras lenguas; así como ha editado fuentes documentales y algunas crónicas novohispanas; 489 artículos académicos; 300 artículos periodísticos y más de 800 conferencias. Además, es miembro de las Academias de la Historia y de la Lengua, es miembro del Colegio Nacional, la más alta institución académica mexicana, ha sido embajador ante la UNESCO, reúne las más altas distinciones y condecoraciones de México y es doctor *Honoris Causa*

por 23 universidades de América Latina, Estados Unidos, Europa e Israel. Y lo que él mismo valora por encima de todo, es profesor de la UNAM y miembro del Instituto de Investigaciones Históricas de la misma Universidad.

Algunos de sus trabajos han sido decisivos en la investigación americanista y otros, además, han sido muy influyentes en la conciencia popular. Entre estos últimos hay que citar *Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*. Lleva más de treinta ediciones en castellano desde su publicación en 1959. De este libro José Emilio Pacheco, el poeta al que acaba de concederse el Premio Cervantes, dijo: es éste “un gran poema épico de los orígenes de nuestra nacionalidad... un libro clásico y una obra indispensable para todos los mexicanos”. Pero no sólo para los mexicanos, podríamos añadir, porque, desde entonces, ya ha sido traducido a quince lenguas. Supuso, además, un giro historiográfico seguido luego por muchos colegas: dar voz a los otros, atender a las representaciones recíprocas, a las imágenes mutuas de los pueblos en confrontación o en contacto. Cuestión ésta del rechazo al eurocentrismo histórico que le llevaría en 1992, con motivo del Quinto Centenario, a oponerse a la expresión convencional “Descubrimiento de América” y a proponer como denominación alternativa y más correcta la del “Encuentro de Dos Mundos”. Designación que se recibió con fuerte polémica pero que, a la postre, fue la que aceptó la UNESCO y numerosos países, entre ellos España.

Como es evidente que ahora no puede darse razón ni siquiera de sus obras más importantes, me limitaré a comentar tres cuestiones en las que la contribución de León-Portilla es significativa: el valor de la lengua en la

transmisión de la memoria de los pueblos; el contacto cultural y sus efectos; la defensa de los derechos de los pueblos indígenas.

Si hay algo a lo que León-Portilla ha concedido la máxima importancia ha sido a la palabra de los antiguos nahuas y a su significado en la transmisión de la cultura. Esta labor la ha llevado a cabo traduciendo del náhuatl textos que, al hilo de la evangelización, fueron escritos por frailes al dictado de sus discípulos indígenas, editando códices pictográficos, animando a los nuevos escritores en lenguas indígenas, y escribiendo él mismo poesía en lengua náhuatl. Entre sus numerosos trabajos al respecto, voy ahora a resaltar uno de ellos, su libro *El destino de la palabra* que tiene como subtítulo “De la oralidad y los códices mesoamericanos a la escritura alfabética”. Una de las secciones más interesantes de esta obra es la comparación de textos nahuas escritos con nuestro alfabeto durante el siglo XVI y ciertas hojas de algunos códices prehispánicos con cuyo contenido guardan estrecha relación. Además, se plantea aquí uno de los problemas más arduos para los historiadores y los antropólogos: no solamente el de la traducción de una a otra lengua, sino el del trasvase de la expresión oral a la escrita. En esta misma obra, también lleva a cabo un trabajo que parecería quimérico, el de identificar los diferentes rasgos estilísticos de los diversos géneros literarios de los antiguos nahuas. Esto es, de los géneros de *cuicatli*, sean cantos de guerra o cantos de flores o cantos de privación o cantos de placer; y de los géneros o clases de *tlahdollí*, es decir: las narraciones, las palabras divinas, los relatos sobre las cosas de antes, los cuentos y consejas...



Miguel León-Portilla con el rector de la Universidad Complutense, Carlos Berzosa Alonso-Martínez, al entregarle el birrete ante Manuel Gutiérrez Estévez, padrino que pronunció la *laudatio*

Una segunda contribución teórica que me gustaría destacar es la referida a su comprensión de los procesos de cambio cultural. Las preguntas acerca de lo que se ha mantenido de la cultura prehispánica en los actuales pueblos indígenas y con qué formas y con qué significados vive esa cultura hasta hoy son cuestiones siempre debatidas por historiadores y antropólogos. El concepto de sincretismo es al que se suele acudir para dar al problema una apariencia de solución. A este respecto, el profesor León-Portilla sugiere una fórmula compleja, tanto como exige el mismo fenómeno a estudiar. Para proponerla se apoya en un párrafo de fray Diego Durán en su *Historia de las Indias de Nueva España* publicada en 1570 y que dice así:

Reprendiendo yo a un indio de ciertas cosas (...), me respondió: Padre, no te espantes pues todavía estamos *nepantla* (...) Me dijo que, como no están aún bien arraigados en la fe, que no me espantase la manera que aún estaban neutros, que ni bien acudían a la una ley ni a la otra, o por mejor decir que creían en Dios y que juntamente acudían a sus costumbres antiguas y ritos del demonio.

León-Portilla, con gran agudeza, ve aquí el esbozo de una teoría del *nepantlismo* cultural, como él lo llama, que se refiere a las situaciones en las que está “ofuscado lo antiguo y no asimilado lo nuevo”. De esta manera, señala que no se trata tanto de mezcla o sincretismo sino, como fray Diego Durán ya advirtió, de acudir “juntamente” a sus costumbres antiguas y a las nuevas. Es éste peculiar dualismo el que hoy día los antropólogos más atentos y sutiles están identificando en las culturas indígenas americanas.

Y, en tercer lugar, quisiera, para terminar, referirme al tenaz esfuerzo que el profesor León-Portilla ha dedicado a la defensa de los derechos y los valores de los pueblos indígenas. Un esfuerzo que comenzó muy temprano, cuando fue director del Instituto Indigenista Interamericano, que ha sido continuo y que fue reconocido el año 2000 con la concesión del Premio Bartolomé de las Casas, cuyo importe donó para la construcción de escuelas en el Estado de Chiapas.

Podemos decir que toda su obra está al servicio de una pasión: la de mantener viva la tradición mesoamericana. Por eso cita y hace suyas las palabras de Alvarado Tezozómoc, nieto de Motecuhzoma, nacido hacia 1525, que dice:

Eran nuestros abuelos, nuestras abuelas,  
nuestros tatarabuelos, nuestros antepasados.  
Se repitió como un discurso su relato,  
nos lo dejaron y vinieron a legarlo  
a quienes ahora vivimos,  
a los que salimos de ellos.  
Nunca se perderá,  
nunca se olvidará  
lo que vinieron a hacer,  
lo que vinieron a asentar,  
su tinta negra, su tinta roja,  
su renombre, su historia, su recuerdo.

Muchas gracias, Miguel, por tu magisterio. **U**

---

*Laudatio* con motivo de la investidura como doctor *Honoris Causa* por la Universidad Complutense del doctor Miguel León-Portilla.



Miguel León-Portilla leyendo el discurso en la entrega de su doctorado *Honoris Causa*